

Fredrika Bremer y la Cuba del siglo XIX

(Testimonio americano de una novelista sueca)

«**M**añana, mañana Agathe mía, me embarcaré en el vapor "The Philadelphia" y dentro de tres días estaré en Cuba». Con ese énfasis le escribe Fredrika Bremer desde Nueva Orleans, en carta del 27 de enero de 1851, a su querida hermana Agathe, que permanecía, frágil y enfermiza, en Suecia, y que sería la destinataria del epistolario que conformaría su libro *Hogares del Nuevo Mundo, o Un diario epistolar escrito durante dos años de viaje en los Estados Unidos y Cuba*. Fredrika había llegado a Nueva York el 4 de octubre de 1849, un viaje que en parte se financió con los honorarios de su novela *Vida de hermanos*, publicada un año antes. Bremer recorrió gran parte de Norteamérica. Allí fue recibida como lo que en aquel momento era, una celebridad, gracias a las traducciones y la buena acogida de sus novelas tanto en la Europa anglosajona como en los propios EE.UU. Enseguida fue presentada a los grandes escritores norteamericanos de la época, conoce a Longfellow, a Washington Irving, al gran Emerson. Sin embargo, el turbulento Edgar Allan Poe no parece haberla interesado; es un detalle curioso el que Fredrika no lo mencione ni una sola vez en sus cartas, cuando es absolutamente imposible que no oyera hablar de él. Poe murió el 7 de octubre de ese año, o sea, tres días después de que Fredrika llegara a los EE.UU. Pero la escritora se encontró con toda clase de gente: publicistas, cuáqueros, damas de la alta sociedad, negociantes, abolicionistas, esclavistas, representantes del gobierno. Fredrika visitó orfanatos, casas de reclusión de mujeres delincuentes, manicomios, asociaciones para la liberación de la mujer, cárceles, falansterios; deambuló sola por los bajos fondos de Nueva York, cosa que no se atrevió a hacer otro visitante contemporáneo, Charles Dickens, también célebre pero quién sabe si un poco más cobardón.

Con una curiosidad insaciable, no se quedó en el norte del país. Viajó en diligencia rodeada de hombres rudos que en la oscuridad de la noche le preguntaban: «Are you afraid, Maam?»; hizo contacto con los indios, visitó a inmigrantes suecos, daneses, noruegos y convivió con ellos. Hizo un largo viaje hacia el sur a través del Misisipi y allí, en los estados esclavistas, se adentró en la cuestión de la esclavitud. Fredrika se interesó sobremedida por esta institución, que ella aborrecía y condenaba pero no sin grandes paradojas, como veremos más adelante. Después de haber conocido de cerca el funcionamiento de la esclavitud, de presenciado la compra y venta de negros y descalificado la Declaración de Independencia de los EE.UU., Fredrika escribe sólo unos días antes de partir hacia Cuba que «el tema de la esclavitud es un ojo enfermo que duele al menor roce».

Pero, ¿por qué se decidió Fredrika a visitar Cuba?

Las referencias que ella nos dejó en sus cartas no permiten dar una respuesta categórica. Se ha dicho que Fredrika se traslada a Cuba llevada por su afán de alcanzar un conocimiento más profundo sobre el problema de la esclavitud. Esto no es exacto. Todo parece indicar que fueron varios los factores que indujeron a Bremer a hacer un viaje a Cuba. El primero fue su carácter indagador, su sed de conocer nuevas formas de vida, y en esto la exuberancia del paisaje, la flora y la fauna de Cuba jugaron un papel igualmente importante. Todos los investigadores concuerdan en que los valores puramente literarios de las epístolas americanas de Fredrika se van haciendo superiores a medida que va viajando hacia el sur. Sus descripciones son más líricas, hay más riqueza de observaciones y su lenguaje es en general más vigoroso y sugerente, simplemente porque el entorno es más bello, distinto a lo que ella conocía y, por tanto, más atractivo y desafiante. La perspectiva de visitar el trópico, una isla que para ella sería una interrogación romántica, pudo haberse convertido en un incentivo artístico imposible de desdeñar. Y si bien se dedicaría incansablemente en Cuba a estudiar a los negros, a meterse en sus barracones, a observar los mecanismos de la esclavitud y a compararla con la de los EE.UU., es bueno hacer énfasis en el hecho de que las páginas más cálidas y hermosas, las más floridas poéticamente de todo su recorrido americano las escribió Fredrika Bremer desde la isla de Cuba.

Otro factor que probablemente influyó en ella era de naturaleza más prosaica: Fredrika tenía dolores de barriga y jaquecas, la comida grasosa de los americanos le producía trastornos, el clima le parecía caprichoso y los cambios de tiempo le hacían daño. Ella no menciona su intención de viajar a Cuba hasta que no llega a Mobile, en Alabama, y se encuentra con una tal Octavie Le Vert, una dama de la alta sociedad sureña que según Fredrika era un sol de virtudes y con quien entabló una entrañable amistad. Esta señora Le Vert era nada menos que hija del anterior gobernador de la Florida; su criada era una diligente y bonita mulata llamada Betsy que *hablaba español*. Estos detalles hacen suponer que Le Vert había estado antes en Cuba y le hablara en términos exaltadores de la bondad del clima cubano y la hermosura de su paisaje, un sitio donde Fredrika podría sentirse a gusto y reponerse, como en efec-

to hizo. En el momento en que se encuentran, la Sra. Le Vert había sufrido recientemente la muerte de un hermano y dos hijos, y, como es lógico, estaba destrozada de pena. La primera vez que Fredrika habla de viajar a Cuba lo hace en estos términos: «Octavie Le Vert y yo hemos acordado viajar juntas a Cuba... Las palmas cubanas refrescarán su rostro lloroso y nuevas rosas brotarán en sus mejillas; sus bellos y bondadosos ojos tendrán un brillo nuevo al contemplar el límpido cielo cubano...»

Esto es ya un cuadro que denota una expectación muy positiva ante la naturaleza de Cuba, que evidencia las muchas alabanzas que tuvo que haber escuchado. Al fin y al cabo la Sra. Le Vert no puede acompañarla y Fredrika viaja sola, pero un día antes de embarcar le escribe a Agathe algo que revela, en parte, lo que la impulsaba a pasar un tiempo en Cuba: «Me siento indeciblemente feliz de llegar allí (a Cuba), para ver esta hermosura nueva y llenarme de su aire más suave, y para huir, durante las semanas de invierno, de este clima americano cuya veleidad agobia las fuerzas de mi cuerpo y mi espíritu. Corporalmente he envejecido diez años en este año de viaje por Norteamérica».

O sea que en ningún momento Fredrika menciona que se va a Cuba para estudiar allí el problema de la esclavitud, aunque, en cuanto llega, empieza a hacer anotaciones muy certeras sobre la vida de esclavos y libertos, todo esto mezclado con apuntes de las particularidades de la arquitectura, las costumbres, la política, la naturaleza y la sociedad colonial cubana de mediados del siglo pasado. El testimonio de Bremer, junto con el texto de Humboldt sobre Cuba, pertenece a lo más valioso que escribiera una mano extranjera sobre el siglo XIX cubano.

Fredrika se embarca desde Nueva Orleans en la mañana del 28 de enero de 1851 en el vapor *The Philadelphia*, que remontaría el Misisipí, saldría al Golfo de México y la dejaría en La Habana. La crónica de esta travesía es fascinante. Nos revela un carácter de mujer original muy atenta a todo lo que la rodea, que prácticamente no entiende lo que es miedo y que sabe lo que quiere —y que lo hace—. Fredrika, que disfrutaba mucho de la compañía de amigos agradables e inteligentes, tuvo siempre una soterraña necesidad de apartarse, de estar a veces en soledad. Buscaba entonces la comunión con la naturaleza, con Dios y consigo misma, dedicándose a la contemplación y la reflexión. Al sentarse en un sitio apartado de la cubierta del buque para extasiarse ante el portentoso paisaje de las orillas del río, con sus bosquecillos y naranjales, sus meandros y adelfas en flor, tuvo que espantar de sí, como a un enjambre de moscas, a un grupo de viejas norteamericanas entrometidas y vulgarotas que la importunaron preguntándole estupideces. Mientras contemplaba cómo el delta del Misisipí quedaba atrás y el vapor se adentraba en las aguas del Golfo, cuya belleza la subyugó por el azul oscuro, poderoso, hay un momento en que exclama: «¡El mar! ¡El mar tiene en sí mismo una fuerza indecible que produce calma, salud, renovación!»

Pero el mar tiene también otras fuerzas, un poco menos románticas. En su búsqueda de soledad, Fredrika elige un camarote «al fondo de la popa, donde el movimiento del barco se siente con más fuerza pero donde había una pequeña celda solitaria y

triangular con una ventana de ojo de buey que daba al mar». Al segundo día de travesía, los agarra una tormenta. No hay que ser muy imaginativo para darse cuenta de que en medio del Golfo de México, con el viento soplando, no hay lugar para desvaríos líricos. Hacia la noche, la borrasca arrecia. Fredrika no se marea ni le teme a los bandazos del barco; pero tiene calor. Y como desea respirar aire fresco, abre la claraboya de su camarote en plena borrasca. Así lo cuenta ella: «Desde mi cama, al pie de ella, veía el cielo lleno de nubes y la mar tormentosa, cuando el movimiento del barco lo hacía descender por mi lado. Las olas se rompían y rugían junto a mi ventana. De pronto, entraron en mi cama.» Cualquiera otra persona se habría abalanzado hacia la claraboya para cerrarla, pero no Fredrika Bremer, que continúa así: «...cuando tuve que elegir entre cerrar la ventana y vivir en el aire sofocante del camarote, o respirar el aire templado del mar y, de cuando en cuando, recibir el abrazo salado de una ola, elegí esto último.»

A la mañana siguiente esta «viajera antillana», como se autodenomina alguna vez, atraca en el puerto de La Habana.

Pero antes de seguir a Fredrika en sus travesuras cubanas dejémosla un rato anclada en la bahía de La Habana y antes de que baje a tierra preguntémoslo siguiente: ¿quién era esta mujer? ¿Quién era esta sueca insigne, viajera solitaria, tan tenaz y temeraria?

Fredrika Bremer nació en Turku, Finlandia, el 17 de agosto de 1801. Su padre, Karl Erik Bremer, había nacido también en Finlandia, de padres suecos que eran de origen alemán. El bisabuelo de Fredrika, Isak Bremer, había sido un comerciante de la ciudad sueca de Vesteras. El padre de Fredrika, que también nació en Turku, era un hombre de negocios muy rico que amaba a Finlandia desde su punto de vista de sueco adinerado (recuérdese que Suecia había ocupado Finlandia haciéndola parte de su territorio) y por lo tanto veía con sumo recelo la situación política de un país con recio sentimiento de nacionalidad en el que incluso había, en la época en que Fredrika nació, un partido que trabajaba por liberar al país de la dominación sueca bajo la protección de la Rusia zarista. El padre de Fredrika temía por sus propiedades y abandonó su querida Finlandia, paso que amargó bastante su vida. Vendió, pues, sus propiedades y en 1804 (Fredrika tenía tres años) se trasladaron a Estocolmo. No le faltaron visión y olfato políticos al viejo Bremer. En 1809, Alejandro I de Rusia conquista enteramente a Finlandia, que desde 1814 pasa a formar parte de ese país bajo el nombre de Gran Ducado de Finlandia.

La familia Bremer se compra una bella casa en Estocolmo y adquiere nada menos que el castillo de Arsta, donde pasarían los veranos. La madre de Fredrika era una señora de bellos modales que basaba la educación de sus hijas en estos tres principios: 1) las niñas deberían crecer en la mayor ignorancia posible en cuanto a las cosas malas del mundo; 2) las niñas deberían tener una instrucción lo más distinguida posible, y 3) las niñas deberían comer lo menos posible. El padre era un patriarca melancólico y furioso de carácter despótico, era un pedante insufrible que cuidaba, reloj en mano y con desplantes dictatoriales, la rigurosidad de las ceremonias caseras. Para